

LIBRO SESTO.

Formacion del ejército de independientes.—Cromwell conserva su mando.—Campana de 1645.—Alarmas del parlamento.—Batalla de Naseby.—Coje el parlamento y publica la correspondencia secreta del rey.—Decadencia del partido realista en el Oeste.—Fuga y zozobras de Carlos.—Victorias de Montrose en Escocia.—El rey pretende reunirsele, pero no puede conseguirlo.—Derrota de Montrose.—Permanencia del rey en Newark.—Entra en Oxford y procura renovar las negociaciones con el parlamento.—Este se niega. Nuevas elecciones.—Trata el rey con los rebeldes Irlandeses.—Descubrense estas negociaciones.—Derrota de los últimos cuerpos realistas.—El rey huve de Oxford y se refugia al campamento Escocés.

(1645.-1646.)

No bien Essex y Manchester dieron su dimision, cuando Fairfax salió de Lóndres, y estableciendo en Windsor su cuartel general, se dedicó sin descanso á reorganizar el ejército que le estaba confiado. Se habian predicho vivas resistencias á esta organizacion; Cromwell, á quien abrazaba tambien el decreto de abnegacion, desechó todo temor, y dijo que «sus soldados habian aprendido bajo sus órdenes á combatir ó á deponer las armas, segun lo mandase el parlamento.» Sin embargo, estallaron algunas sediciones, particularmente en Reading donde se encontraban cinco regimientos de infanteria de Essex, y en el condado de Hertford, donde estaban acantonados ocho escuadrones de su caballeria, al mando del coronel Dalbier. La presencia de Skippon, nombrado mayor-general del nuevo ejército y su ruda pero simpática elocuencia, bastaron para calmar los regimientos de Readigh. Los de Dalbier vacilaron mucho mas, y hasta llegó á correr en Lóndres la voz de que se dirigian á Oxford, de modo que Saint-John, estremado en to-

do, escribió á sus confidentes del condado de Hertford que era preciso caer á mano armada contra tales facciosos. Pero, pudo mas el influjo de algunos oficiales reformados; y aun el del mismo Essex, pues al cabo se sometió Dalbier y pasó al cuartel general.

A la verdad no era muy vivo el descontento entre los soldados, ni les era muy penoso el pasar á obedecer á su nuevos jefes. El parlamento les hizo distribuir quince dias de sueldo, y ordenó la venta de los bienes secuestrados á algunos delincuentes para hacer con ello frente á imperiosas reclamaciones. Amotináronse asimismo los soldados de Cromwell, á pesar de sus promesas, declarando que solo querian servir bajo sus órdenes; pero tuvo aquel bastante imperio sobre ellos para hacerlos entrar en su deber. Al saber su insurreccion, partió al momento para prestar, segun dijo, á las cámaras este último servicio antes de dejar el mando. Por el 20 de abril casi se habia llevado ya enteramente á cabo la operacion general; todos los nuevos cuerpos se organizaban sin obstáculo: solo en Lóndres se prolongaba la agitacion por el concurso de oficiales reformados que acudian á la capital, ya para solicitar sus deseos, ya esperar el concurso de los acontecimientos.

En Oxford rebozaban esperanza el rey y su córte. No dejó con todo Carlos de sentir alguna inquietud despues de haberse roto las negociaciones de Uxbridge, á pesar de las brillantes noticias de Escocia. Aunque poco dispuesto á la paz, necesitaba que dominase en Westminster un partido pacífico, por lo cual no pudo menos de sentir que este hubiese sido derrotado. Resolvió entonces separarse de su hijo Carlos, príncipe de Galles, que rayaba en los quince años, y enviarle con el título de generalísimo á los condados del Oeste, ya para darles un jefe capaz de mantener su lealtad, y ya para dividir los peligros que podian amenazar á la majestad. Hyde y los lores Capel y Colepepper recibieron órden de acompañar al príncipe y de dirigirlo todo en su nombre. Tal era en este momento la tristeza del rey, que llegó á hablar con Hyde acerca de lo que sucederia si cayese en manos de los rebeldes, y le hizo consultar por bajo mano si convendria hacer embarcar al príncipe para el continente. «Tales cuestiones, respondió Hyde, solo se ventilan el dia de la desgracia;» y el 4 de marzo el príncipe y sus consejeros se despidieron del rey, á quien no debian volver á ver. De allí á un mes, cuando se tuvo noticia en Oxford de los obstáculos que encontraba la reorganizacion del ejército parlamentario, cuando se vieron regimientos insurreccionados, y se supo que cesaban en el mando oficiales ilustres, todo fue confianza y júbilo

entre los realistas. Pronto hablaron solo con irrision de ese conjunto de paisanos y artesanos predicadores, insensatos hasta el punto de arrinconar á los mas hábiles generales y sustituirlos por oficiales oscuros, novicios como los soldados. Renovábanse diariamente las sátiras contra el parlamento y sus defensores; y el rey se sonreía á pesar de su gravedad. Animábanle por otra parte secretas esperanzas, nacidas de intrigas que ignoraban aun sus mismos confidentes.

A mediados de abril anunció Fairfax que dentro de pocos dias abria la campaña. Cromwell llegó á Windsor para besar, decia, la mano de su general, y presentarle su dimision. Al verle entrar en su cuarto le dijo Fairfax. «Acabo de recibir de la junta de ambos reinos una órden para vos; se os manda que paseis con algunos escuadrones á ocupar el camino de Oxford á Worcester con el objeto de interceptar toda comunicacion entre el rey y el príncipe Roberto.» Aquella tarde partió Cromwell, y en cinco dias, antes que se hubiese puesto en movimiento el nuevo ejército, habia ya batido en tres encuentros á los realistas, tomado la plaza de Blechington y dado cuenta á las cámaras de estos triunfos. «¿Quién me traerá ó muerto ó vivo á ese Cromwell?» exclamó el rey, mientras en Lóndres se regocijaban de que no hubiese dado todavia su dimision.

No habia trascurrido una semana cuando ya el parlamento decidió que permaneciese en el mando. Se habia abierto la campaña. El rey acababa de salir de Oxford, se habia reunido al príncipe Roberto y se adelantaba rápidamente hácia el Norte, ya para hacer levantar el sitio de Chester, como para combatir al ejército escocés y volver á recobrar sus antiguas ventajas. Si le salian bien estas operaciones amenazaba á su placer el Este ó el Mediodía, sin que pudiese oponérsele Fairfax, que estaba en marcha hácia el Oeste para salvar la importante plaza de Taunton, bloqueada estrechamente por el príncipe de Galles. Llamóse al general en jefe pero entre tanto quedaba solo Cromwell para acechar los movimientos del rey, y á pesar del decreto de abnegacion recibió órden de continuar sirviendo durante cuarenta dias. Igualés órdenes se pasaron á otros tres distinguidos oficiales miembros de la cámara, ora fuese por motivos análogos, ora porque no apareciese solo Cromwell esceptuado.

Apresuróse Fairfax á volver; continuaba el rey adelantándose hácia el Norte; pero, sin saberse porque, todo estaba mas tranquilo en Lóndres; ningun cuerpo realista cubria á Oxford, foco constante de la guerra en

el centro del reino : creyó el parlamento tener confianzas seguras en la plaza, y recibió Fairfax órden de atacarla. Apoderarse de ella era una ventaja inmensa, y si se prolongaba el sitio, la posicion era excelente para acudir á todos los puntos que amenazase el rey. Delante de la plaza se reunió Cromwell al cuartel general.

A poco empezaron á ser muy vivas en Lóndres las alarmas. Diariamente llegaban malas noticias del Norte; el ejército escocés en vez de salir al encuentro al rey, se habia replegado hacia las fronteras de Escocia, por necesidad, segun unos, de oponerse á los progresos de Montrose, y por mala fé segun otros á causa de que el parlamento se descartaba del yugo de los presbiterianos y de los extranjeros. Como quiera, merced á esta retirada, ni siquiera tuvo Cárlos que acercarse á Chester para hacer levantar el sitio; tranquilo por esta plaza, medio para él de comunicacion con la Irlanda, se encaminaba á los condados confederados del Este, baluarte del parlamento. Era fuerza salvarlos de esta invasion, y nadie mas á propósito para ello que Cromwell, pues allí ejercia su influencia, allí habian dado principio sus hazañas : por tanto recibió órden de dirigirse á Cambridge en defensa de la confederacion.

Otro peligro reclamó prontamente su presencia : á los ocho dias de su partida se supo que el rey habia entrado por asalto en Leicester, y que en el Oeste estaba de nuevo estrechamente bloqueada Taunton. Profunda fué la consternacion : los presbiterianos triunfaban : « Ved ahí, decian, el fruto de esta decantada reorganizacion : los descabros. En un dia se apodera el rey de nuestras mejores plazas, y vuestro general permanece inmóvil delante de Oxford, esperando sin duda que las mujeres de la córte le tengan miedo y le abran las puertas.» Por toda respuesta se presentó á la cámara alta una peticion de la municipalidad, que imputaba todo el mal á la inaccion de los escoceses, á los retardos en las levadas para el ejército, y al prurito de las cámaras en querer gobernarlo todo de lejos : acababa pidiendo que se diese mas libertad al general, mejores consejos á los escoceses, y el antiguo mando á Cromwell. Al propio tiempo se dió órden á Fairfax de abandonar el sitio de Oxford, ir en busca del rey, y combatirlo á toda costa. Al practicarlo escribió á las cámaras pidiendo á Cromwell, que en su concepto era indispensable, para el mando de la caballeria. Diez y siete coroneles firmaron esta carta. Los llores retardaron su respuesta, pero la de la cámara baja fue pronta y eficaz. Fairfax lo participó á Cromwell; todos los cuerpos apresuraron su marcha, y el 12 de junio, al Oeste de Northampton, algunos caballos

enviados á un reconocimiento, dieron de repente con un destacamento del ejército del rey.

No esperaba este tal encuentro; sabedor del sitio de Oxford y del espanto de su córte, renunciaba á su expedicion á los condados del Norte



MILTON.

y del Este, y volvia á salvar su cuartel general. Pero su confianza era summa; acababa de saber una nueva victoria de Montrose, y escribia á la reina : « Nunca habian ido tan bien mis asuntos.» Asi fue que seguia lentamente su rumbo, se detenia en los puntos que le gustaban, se divertia en cazar, y daba á sus caballeros rienda suelta. En cuanto supo la aproxi-

macion de los parlamentarios, se replegó sobre Leicester para reunir sus tropas y esperar las que debian llegarle dentro de pocos dias asi del pais de Galles como de los condados del Oeste. Al dia siguiente, á la hora de cenar, era la misma su confianza y no pensaba en presentar batalla, cuando le participaron que los escuadrones parlamentarios picaban su retaguardia. Cromwell acababa de llegar. Convocóse al punto un consejo de guerra, y á la media noche, á pesar de la resistencia de muchos oficiales, que opinaban porque se esperasen refuerzos, logró el príncipe Roberto que se marchase contra el enemigo.

El encuentro tuvo lugar á la mañana siguiente, sobre la colina de Naseby, al Nordeste de Northampton. Al rayar el alba se encontraba el ejército del rey, alineado en batalla sobre una pequeña altura, en una posicion ventajosa. Algunos ginetes enviados á practicar un reconocimiento volvieron diciendo que no veian á los parlamentarios. Impaciente Roberto, avanzó con algunos escuadrones, y resolvió que hasta su vuelta permanecería inmóvil el ejército. No bien habria andado media legua, cuando se presentó la vanguardia enemiga. Creyó en su exaltacion el príncipe que se retiraba el enemigo, y se adelantó mas, enviando á decir al rey que se le reuniese al instante para que no se les escapase la coyuntura. A las diez llegaron algo cansados los realistas; y Roberto á la cabeza de la caballería del ala derecha se arrojó sobre la izquierda de los parlamentarios, mandada por Ireton, que fue posteriormente yerno de Cromwell.

Casi al propio tiempo este general con los escuadrones de su ala derecha atacó la izquierda del rey, formada por los caballeros del condado del Norte, al mando de sir Marmaduke Langdale; poco despues, ambas infanterías colocadas en el centro, una bajo las órdenes de Fairfax y Skippon, y otra bajo las del mismo rey, vinieron á las manos. Ninguna accion habia hasta entonces sido tan general y tan encarnizada. Ambos ejércitos eran casi iguales en fuerza numérica: ebrios de confianza los caballeros, tenian por santo la palabra: *reina Maria*; constantes en su fé los parlamentarios, avanzaban cantando: *Dios nos asiste*. La primera carga del príncipe Roberto fue feliz como siempre; despues de una viva refriega quedaron rotos los escuadrones de Ireton; este mismo jefe, acribillado de heridas cayó por unos momentos en poder de los caballeros. Pero mientras Roberto, victima siempre de una misma falta, perseguia al enemigo hasta los bagajes del campamento y perdía el tiempo en atacarlos con la esperanza del botin, Cromwell, dueño de sí mismo y de los suyos como

en Marston-Moor, desbarató por su parte los escuadrones de Langdale, y dejando á dos de sus oficiales para impedir que se rehiciesen, se apresuró á volver al campo de batalla, que se disputaban ambas infanterías con mayor encarnizamiento que en ningun otro punto.

Los parlamentarios, atacados por el mismo rey, fueron al principio desordenados y Skippon gravemente herido; Fairfax le instó á que se retirase. «No, dijo, mientras haya un soldado en el campo, permaneceré aquí:» y dió á su reserva orden de adelantarse. Un sablazo quitó el casco á Fairfax; Carlos Doyley, coronel de su guardia, al verle correr por el campo de batalla con la cabeza desnuda, le rogó que aceptase el suyo: «estoy bien, no le necesito, respondió Fairfax;» y añadió enseñándole un cuerpo de infantería real que se mantenía firme en el campo: «¡Como pues! ¿serán una muralla esos hombres? ¿los habeis cargado?— Dos veces, general, pero sin fruto.—Pues bien! atacadlos de frente, mientras lo hago yo por retaguardia, y nos encontraremos en el centro:» y en efecto se encontraron atravesando las líneas enemigas. Fairfax mató por su mano al abanderado, y entregó el estandarte á uno de los suyos: envanecease por ello este como de una hazaña propia, lo que incomodó á Doyley; mas Fairfax le calmó: «Bastante honor me ha cabido, le dijo, dejad que él tome una parte.»

Replegábanse ya los realistas, cuando apareció Cromwell con sus escuadrones victoriosos. Al verlo se puso Carlos á la cabeza de su regimiento de guardias, única reserva que le quedaba para cargar á este nuevo enemigo; ya se habia dado la orden y puesto la tropa en movimiento, cuando el conde de Carnewarth, escocés, que iba al lado del rey, cogió la brida de su caballo, y esclamó echando un voto: «¿Queréis que os maten?» y le hizo volver riendas. Los caballeros que estaban al lado del rey hicieron lo mismo sin saber porque; los demás siguieron el ejemplo, y en un abrir de ojos habia todo el regimiento dado la espalda al enemigo. La sorpresa degeneró en terror; todos se dispersaron por la llanura, unos para huir, y otros para retener á los fugitivos. En vano esclamaba Carlos en medio del grupo de sus oficiales: ¡Deteneos! ¡deteneos! Solo se desvaneció un tanto el terror á vista del príncipe Roberto que volvía al fin al campo de batalla con sus escuadrones. Rehízose entonces alrededor del rey un cuerpo bastante numeroso, pero compuesto de caballeros en desorden, fatigados, turbados y abatidos.

Carlos, con la espada en la mano, los ojos inflamados, y la desesperacion en el semblante, se abalanzó dos veces, esclamando con todas sus

fuerzas : «Señores, una carga mas, y la victoria es nuestra.» Nadie le siguió; la infantería, arrollada en todas partes, estaba dispersada ó prisionera : fue preciso huir y así lo hizo el rey dirigiéndose con unos 2,000 caballos hácia Leicester, dejando su artillería, sus municiones, sus bagajes, unos cien estandartes, el suyo propio, todos sus papeles y 5,000 hombres en manos de los parlamentarios.

La victoria sobrepujaba las mas quiméricas esperanzas : Fairfax se apresuró á dar parte á las cámaras sencillamente, sin alusiones ni consejos políticos. Cromwell escribió asimismo, pero solo á la cámara baja, como si ella le hubiese conferido el mando : su carta acababa así : «Marcada está aquí la mano de Dios; solo á él pertenece la gloria, y á ninguno mas. El general os ha servido con honor y lealtad, y el mayor elogio que puedo darle es que de todo se confiesa deudor á Dios y á ningún mérito aspira; por su valor sin embargo se ha hecho acreedor á todo. La gente honrada (hacia alusión á los independientes entusiastas) se ha portado fielmente; está llena de confianza, y en nombre de Dios os ruego que no la desalenteis. Deseo que esta accion haga nacer en todos humildad y gratitud. Espero asimismo que los que esponen de esta manera su vida en bien del país puedan confiar en Dios por la libertad de conciencia, y en vosotros por lo tocante á la política.»

Algunos se ofendieron viendo que un teniente general al servicio del parlamento daba con tal tono consejos y alabanzas; pero su voz se perdió en medio del entusiasmo público, de modo que el dia en que llegó á Lóndres la carta de Cromwell, los mismos lores votaron que se le prorogaba el mando por tres meses.

Opinaron al mismo tiempo que debía aprovecharse la victoria para dirigir al rey proposiciones razonables, dictámen que fue aprobado de los comisionados escoceses. Pero los vencedores estaban lejos de pensar lo mismo. Los diputados del pueblo en lugar de responder pidieron que todos los ciudadanos fuesen convocados en Guildhall para oír la lectura de los papeles encontrados al rey, sobre todo sus cartas á la reina, y para juzgar por sí mismos de la confianza que en lo sucesivo se podía poner en las negociaciones. Fairfax habia vacilado en abrir la correspondencia del rey, pero Cromwell é Ireton combatieron sus escrúpulos, y los diputados del pueblo no se pararon en consideraciones. La lectura se hizo en medio de un numeroso concurso, y causó un efecto prodigioso. Era evidente que el rey no habia nunca deseado la paz; que ninguna concesion era para él constante ni ninguna promesa obligatoria; que solo contaba

con la fuerza, y que nunca habia dejado de aspirar al poder absoluto; finalmente se echaba de ver, que á pesar de sus protestas tantas veces repetidas, se dirigia al rey de Francia, al duque de Lorena y á todos los príncipes del continente para introducir en su reino soldados extranjeros. El nombre mismo de parlamento que habia dado á las cámaras para obtener las conferencias de Uxbridge, era en su boca una mentira, porque secretamente habia protestado contra este paso oficial en los registros de la municipalidad de Oxford. Todos los ciudadanos fueron invitados á que se convencieran por sus propios ojos que las cartas eran verdaderamente de mano del rey : despues de la asamblea de Guildhall el parlamento las hizo publicar.

El encono fue general en todas partes, y los amigos de la paz tuvieron que enmudecer. En vano probaron algunos á declararse contra esta publicacion, violacion brutal, decian, de los secretos domésticos. Preguntaban si era posible dar fé á su autenticidad, ó si era probable que el contenido de unas cartas se hubiese mutilado y otras suprimido; insinuaban que algunos miembros de las cámaras habian negociado con menos franqueza y deseo de paz : pero el pueblo no admite escusa ni esplicacion alguna desde que sabe que se le ha querido engañar. A mas de que era evidente en todo caso la mala fé del rey, y para hacer la paz se necesitaba confianza. Por lo tanto no se habló ya de guerra; se activó el alistamiento, la recaudacion de tributos, y la venta de bienes de los delinquentes. Los escoceses consintieron por último en internarse en el reino, y Fairfax, no encontrando mas fugitivos que perseguir se puso en movimiento hácia los condados del Oeste para terminar la espedicion que el sitio de Oxford le habia hecho abandonar.

Todo habia mudado en estos condados, baluarte hasta entonces de la causa real, no porque la opinion del pueblo se hubiese decidido en favor del parlamento, sino porque era indiferente para el rey. Este tenia en aquellos condados todavía algunos cuerpos de tropas y conservaba todas las plazas; pero no hacian ya la guerra hombres graves, de reputacion, populares y amigos desinteresados de la corona, como el marques de Hertford, sir Bevil Greenville, lord Hopton, Trevannion y Slanning; algunos de estos habian perecido, otros estaban disgustados, ó habian sido sacrificados, por la debilidad del rey al impulso de intrigas cortesanas. En lugar de ellos, mandaban dos libertinos y codiciosos caballeros : lord Goring y sir Ricardo Greenville, á quienes ningún principio ni entusiasmo unia á la causa real, pues solo veian en la guerra un

pábulo á sus pasiones; y la ventaja de poder oprimir á sus enemigos, de vengarse, de aprovecharse de las glorias ajenas y de enriquecerse. Goring era valiente, bien visto de los suyos, hábil y enérgico en el campo de batalla, pero insolente en sus palabras y modales; ni aun su lealtad era segura, pues habia sido traidor al rey y al parlamento, y parecia dispuesto á serlo nuevamente. Greenville, menos desarreglado y mas influyente con la nobleza del país, era duro, insaciable, pero de un valor sino dudoso al menos poco ardiente. Pasaba el tiempo recogiendo contribuciones para mantener tropas que no reunia, ó para dedicarse á empresas que no soñaba siquiera en acometer. Al par de los jefes habia tambien mudado el ejército: no era ya un partido levantado á impulso de su adhesion é intereses, frívolo pero sincero, licencioso pero adicto, era mas bien una amalgama de súbditos depravados, indiferentes á su misma causa, entregados dia y noche á la licencia, y cuyo desenfreno indignaba al país. Reducido el príncipe de Galles, ó mas bien su consejo, á servirse de tales hombres, en vano se esforzaba á satisfacerlos y reprimirlos á la vez, ya para proteger contra ellos al pueblo, ya para retenerlos en las filas, y atraer nuevos soldados.

Pero el pueblo no respondia á ningun llamamiento; pronto hizo mas: reuniéronse millares de paisanos, que bajo el nombre de asociados (clubmen) recorrían armados las campiñas. No se declaraban por el rey ni por el parlamento; solo querían alejar de sus hogares los horrores de la guerra y defenderse contra cualquiera que los molestase. Ya por el año anterior se habian formado algunas bandas en los condados de Worcester y de Dorset, suscitadas por las violencias del príncipe Roberto. Por marzo de 1645, eran una confederacion permanente, regular, mandada por gentil-hombres la mayor parte ex-realistas, defensores de las propiedades, del orden y de la paz. Trataban con ambos partidos, les entregaban víveres á condicion de que no se los quitarían á mano armada, algunas veces les impedían llegar á las manos, y llevaban escritas en sus banderas estas palabras:

Si pretendeis robar nuestros rebaños,
Estad seguros que tendreis batalla.

Mientras los realistas dominaron en el Oeste, se sublevaron los asociados contra ellos y á favor de los parlamentarios, en quienes encontraron disposiciones pacíficas. Ora amenazaban con el incendio á cuantos

rehusaban unirse á ellos para esterminar á los caballeros, ora invitaban al jefe de los parlamentarios á que en union con ellos sitiase á Hereford, de donde salían los caballeros para infestar el país. El 2 de junio dirigieron al príncipe de Galles una peticion quejándose de las rapiñas de Goring, y persistieron en ella. A principios de julio, vencedor Fairfax, llegó al Oeste; intimidados los caballeros, cesaron de devastar libremente las campiñas, y al momento se dirigieron los asociados contra Fairfax y sus soldados. Pero este general mandaba un ejército bien pagado, bien provisto, entusiasta y disciplinado; trató con suavidad á los asociados, negoció con ellos, asistió en persona á alguna de sus reuniones, les prometió la paz; y pudo con esto activar la guerra sin crueldades. En pocos dias se decidió la campaña. Goring, sorprendido y batido en Langport, condado de Somerset, dejó dispersas sus tropas; Greenville envió al príncipe de Galles su dimision de feld-mariscal, quejándose altamente de que le hubiesen obligado á hacer la guerra á sus espensas: á las tres semanas de la llegada de Fairfax, los caballeros que recorrían poco antes el Oeste estaban encerrados en las plazas que pronto iban á ser sitiadas.

Entre tanto por todas partes se deseaba saber lo que hacia el rey y el punto que ocupaba, porque muchos lo ignoraban. Despues del desastre de Naseby habia huido de ciudad en ciudad, descansando poquissimas horas, y tomando ya el camino del Norte, ya el del Oeste para reunirse á Montrose ó á Goring, segun la variedad de sus planes y de sus temores. Al llegar á Hereford se decidió por último á ir al país de Galles, donde esperaba reclutar alguna infantería; envió al príncipe Roberto á Bristol, y se dirigió personalmente al castillo de Ragland, propio del marques de Worcester, jefe del partido católico, y riquísimo magnate de Inglaterra. Era originada esta preferencia de secretos designios, en que solo los católicos podían tomar parte. Hacia tres años además que el marques daba al rey pruebas de la mayor adhesion: le habia prestado 100,000 libras esterlinas, habia levantado á sus costas dos cuerpos de tropas á las órdenes de su hijo Herbert, y á pesar de sus achaques mandaba en su castillo una fuerte guarnicion. Recibió al rey con una pompa respetuosa, convocó á la nobleza de los alrededores, y todo eran cacerías, homenajes y diversiones. El fugitivo monarca respiró por unos dias, durante los cuales olvidó todas sus desgracias.

Al cabo le sacaron tambien de su letargo los descalabros del Oeste. Al propio tiempo supo que en el Norte habia caido Carlisle en poder de